

**EL FIN DEL FUTURO. UNA LECTURA BICENTENARIA DE
BALANCE DE SIGLO Y MEDIO, DE JULIO IRAZUSTA**

Para muchas culturas, entre las que se encuentra la nuestra, el 10 es un número de connotaciones especiales, incluso sagradas. Diez son los dedos de nuestras manos y pies; diez son los Mandamientos (el número tiene muchas apariciones bíblicas); diez es para los antiguos pitagóricos símbolo de plenitud y de totalidad, y no es casual que sea la nota máxima en los más difundidos sistemas de calificaciones académicas. Nuestro pensamiento está fundado en un sistema decimal.

El número 100 equivale al cuadrado de 10: el número de plenitud multiplicado por sí mismo. Un centenario en la vida de los pueblos es una inconfundible ocasión de *festejo*: se celebra la supervivencia, la continuidad en el tiempo como comunidad organizada, algo que en sí mismo es un logro. Y de *reflexión*: es un momento propicio para volver con el pensamiento y la memoria sobre el pasado, sobre las realizaciones y los cambios, las tragedias colectivas, las alegrías, los avances y los retrocesos. Y también para proyectarse al futuro.

Previsiblemente, la atención del Bicentenario que estamos viviendo se ha centrado no solamente en los acontecimientos de 1810, que marcaron el inicio de nuestra vida como nación independiente, sino también en las celebraciones y las reflexiones que se sucedieron en el primer centenario de nuestro país. Más desapercibidas han pasado las conmemoraciones y los puntos de vista de quienes vivieron el 150° aniversario de vida argentina.

El sesquicentenario, que cayó en una fecha difícil, preñada de conflictos y sombríos presagios para el país, parece no haber concitado similar atractivo. No obstante pueden encontrarse algunos textos fundamentales para la comprensión de la historia nacional y la visión de sí misma de la Argentina. Es el caso de *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, de Juan José Hernández Arregui, un libro de clave para la historiografía y también para la formación de una nueva conciencia política en el país.

Pero también hubo al menos un intento explícito por formalizar una interpretación general de nuestra historia, desde su inicio hasta la actualidad. Es el caso de *Balance de siglo y medio*, de Julio Irazusta, publicado en 1966, pero que fue concebido, según declara el propio autor, en 1960.

Irazusta, nacido en 1899 y muerto en 1982, de origen entrerriano y amplia formación humanística, fue una de las figuras principales del revisionismo histórico. También es

conocido por su militancia en las filas del nacionalismo y por ser primer referente, junto con su hermano Rodolfo, de la vertiente conocida como nacionalismo republicano.

Historiador, además de crítico literario, pensador político y periodista, entre sus obras se cuentan *La Argentina y el imperialismo británico* (junto con Rodolfo), la monumental *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, *Tomás M. Anchorena*, *Tito Livio o del imperialismo en relación con las formas de gobierno y la evolución histórica*. También pueden mencionarse valiosas colecciones de ensayos como *La política, cenicienta del espíritu*, *Gobernadores, caudillos y escritores*, *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*, entre otros.

Irazusta abre su panorama de la historia argentina aludiendo a las durísimas circunstancias en medio de las cuales surgió y se consolidó el proyecto político de la independencia. Su esquema en esta parte inicial del libro es rigurosamente comparativo: el *pendant* de estos primeros capítulos son los Estados Unidos de América. Irazusta explica que sólo una sociedad dotada de suficiente fortaleza podía afrontar la empresa de la independencia sin ningún tipo de ayuda extranjera. Si los EEUU recibieron un decidido apoyo financiero, político y militar de parte de Francia para conseguir su independencia de Gran Bretaña, nada de eso sucedió en la América Hispana, y menos aún en el caso del Río de la Plata.

Pero si poderosos aliados ayudaron a los EEUU en la fase revolucionaria, a su consolidación como nación independiente contribuyeron de forma decisiva las circunstancias internacionales. Mientras que América del Norte pudo aprovechar, desde que consiguiera la independencia, las cuatro décadas de conflictos intensos que dividieron a Europa, la América Española nace a la vida independiente en el momento en que esos conflictos internos cesan y Europa inicia una fase expansiva en términos políticos y económicos, que se traduce en una nueva oleada de conquista y dominación, esta vez bajo el signo del imperialismo.

Las Provincias Unidas del Río de la Plata tienen la capacidad política y militar de resistir a los embates de las revitalizadas potencias del Viejo Mundo, y lo demuestran. Económicamente, son capaces de impulsar su propio desarrollo material. El crecimiento económico que se inicia en la Argentina a mediados del siglo XIX tiene su origen en la inversión de capitales nacionales tanto públicos como privados.

No obstante, lo que se vuelve irresistible es la ideología progresista ambiente, que establecía una relación necesaria entre desarrollo económico y afluencia de capital extranjero. Junto con la aplicación de la consigna de endeudarse para crecer, ya proclamada por Rivadavia, las genuinas inversiones de capital nacional son rápidamente enajenadas, vendidas

a precios sumamente ventajosos a empresas extranjeras, con el objetivo de atraer inversiones de capital foráneo.

Los emprendimientos iniciados por argentinos, tanto particulares como instituciones públicas, rinden grandes beneficios, que son girados como a la metrópoli, sin que llegue ese capital esperado. El gobierno argentino implementa todo tipo de garantías a la inversión extranjera, que llega con cuentagotas y cuando lo hace es principalmente capital especulativo.

La narración de Irazusta se va ajustando progresivamente a los aspectos de soberanía económica y su relación con las ideologías que legitiman la entrega de la riqueza nacional a los intereses de los países centrales y del capitalismo internacional. Se advierte aquí un modo particular de seleccionar, hilar e interpretar la historia argentina que ni los detractores ni los defensores del revisionismo argentino parecen haber tenido en cuenta suficientemente: se trata de una perspectiva materialista del devenir histórico, que parece tributaria directa -sino en su dinámica, al menos en sus categorías de análisis- de la modalidad marxista, en cuanto que pueden distinguirse claramente medios de producción, relaciones derivadas y superestructura ideológica.

Cabe señalar que Irazusta domina otros registros historiográficos: entre sus trabajos se encuentran investigaciones sobre historia política, literaria, cultural y del pensamiento. Pero el libro del sesquicentenario se centra en el accidentado desarrollo económico del país.

Cuando se introduce en el período conocido como la Organización Nacional, es decir, desde 1853, la perspectiva comparativa no se abandona del todo, pero el recurso narrativo se transforma sustancialmente. La perspectiva es muy interesante. Sin descuidar el *bajo continuo* de la marcha del desarrollo material nacional que va acelerándose, aún lastrada por la *ideología-ambiente* del liberalismo librecambista decimonónico, Irazusta elige la visión de conspicuos miembros de la élite dirigente argentina, que aún ocupando posiciones destacadas en el gobierno y la administración, y compartiendo en lo esencial los pretendidos presupuestos teóricos del progreso material del país, advierten que parte de tales presupuestos deben ser revisados y puestos en cuestión, cuando no suprimidos y sustituidos por otros.

Así, encuentra a Mitre tomando partido por la formación de una empresa estatal para la construcción del puerto de Buenos Aires, contra el proyecto de concesión extranjera que defendía Sarmiento; al propio Sarmiento, tardío defensor de la integridad territorial antes despreciada, observador crítico de los efectos sociales y culturales de la inmigración masiva que impulsara; a Vicente Fidel López, advertido de la necesidad de desarrollar una economía industrial que fuera venciendo el estancamiento del monocultivo y la producción ganadera, e impugnador de los manejos financieros de los intereses británicos en el país.

Mientras las primeras empresas ferroviarias eran entregadas al capital extranjero sin que éste tuviera que invertir más que sumas mínimas, corriendo la misma suerte que las compañías de consumidores de gas, los más lúcidos integrantes de la generación del 80 observaban con preocupación la configuración dependiente de la economía del país.

Emilio Civit, ministro de Obras Públicas de Roca, propone el rescate estatal de los ferrocarriles, por medio de la expropiación y el arrendamiento, además del fin de los monopolios y los privilegios concedidos. Otro ministro de Roca, Osvaldo Magnasco, de sólida formación humanista, proponía una profunda reforma educativa que sustituyera la pedagogía ilustrada y enciclopedista por una formación técnica, tanto agrícola como industrial.

El futuro presidente Sáenz Peña menciona en su discurso programa de 1909 la puesta en marcha de una política de protección de la industria nacional. Su ministro Estanislao Zeballos reclama el diseño de una política exterior y de reorganización del transporte. Durante los primeros años del siglo se empieza a tomar conciencia de la falsa creencia del aporte del capital extranjero al desarrollo material argentino, como lo pone de manifiesto el publicista Aníbal Latino.

Irazusta agrega otros muchos espíritus lúcidos a la lista: no obstante no se engaña en torno a las posibilidades de que la prédica de tantos fuese escuchada.

“Pero ese enjuiciamiento de la situación no implicaba una renuncia a corregir los errores cometidos. Los argentinos del 900 habrían dejado de ser lo que eran, uno de los pueblos más civilizados por el mero hecho de su origen histórico, si no hubiesen participado de las ilusiones y esperanzas que alentaban las naciones rectoras del Viejo Mundo, de las que, a justo título, nos considerábamos los legítimos herederos. El espectáculo de extraordinario adelanto material a que asistimos en estos momentos no puede hacernos olvidar que nuestros padres y abuelos deben de haberse hallado en un estado de ánimo similar al que hoy tenemos, con la diferencia a favor de ellos de que la sensación de progreso no se mezclaría con las aprensiones que nosotros experimentamos ante la amenaza de la guerra atómica, indisolublemente asociada a las conquistas de nuestros días.” (53)

Aún advirtiendo problemas graves y sombras preocupantes sobre los intereses nacionales, los argentinos del Centenario estaban convencidos de un destino de progreso y de grandeza, en la que los inconvenientes serían felizmente superados. Irazusta recuerda las predicciones de Ingenieros en torno a la superioridad de la Argentina sobre Brasil y su creencia de que la situación se iba a corregir por sí sola (64).

No es casual que para el historiador entrerriano ninguna de las personalidades mencionadas haya visto el problema de una forma tan clara y penetrante como Woodrow Wilson, quien en un discurso a representantes de las naciones hispanoamericanas, señaló el peligro de otorgar privilegios y garantías irrestrictas a la inversión extranjera y también la necesidad de corregir esa situación en todo el continente.

La perspectiva elegida por Irazusta revela un elemento de juicio fundamental: no es cierto que la ideología liberal capitalista difundida por los países centrales hubiera ahogado toda consideración o juicio acorde con el interés nacional. Estas reflexiones y perspectivas se encontraban incluso en la élite dirigente. Otra cosa es que pudiera contrarrestar eficazmente la pregnancia y la hegemonía del discurso ideológico dominante.

Irazusta describe dos líneas de trayectoria opuesta. Por un lado la declinación paulatina del sistema económico que fue instaurado con la Organización Nacional, y paralelamente la creciente pérdida de las certezas en torno al progreso inevitable que se esperaba de tal configuración económica y política. Por el otro traza el aumento de la conciencia del interés nacional y de la estructura de dominación económica y política a la que estaba sometido el país, que impedía el desarrollo soberano y armónico de sus potencialidades.

El estallido de la Primera Guerra Mundial supondría una oportunidad insospechada para revertir la situación de sometimiento a las potencias europeas. A pesar de que la situación forzó un proceso de sustitución de importaciones y un sustancial aumento en el ingreso de recursos financieros, fruto de la importación, se desaprovechó la coyuntura para suprimir deuda extranjera y nacionalizar la economía, transformando el capital lucrativo en productivo.

Tanto de la Plaza como Yrigoyen, líder de una revolución que llegó al poder pero nunca triunfó, dejaron pasar tan propicia oportunidad, que permitió evitar el proceso en curso, en el cual los intereses foráneos dejarían de actuar como hasta entonces aprovechando las ventajas y privilegios ofrecidos por la Argentina de forma aislada y autónoma, para conseguir una coordinación propia de un *superestado*, operación en la cual los gobiernos de los países centrales no tendrían un protagonismo menor.

Irazusta muestra que los objetivos imperialistas se mueven desde el control de las empresas ferroviarias y el sector financiero a la actividad industrial, obteniendo el monopolio frigorífico y cuotas importantes en la naciente actividad petrolera. Son José Bianco, economista radical, y Enrique Mosconi, organizador de la Fuerza Aérea y director general de YPF, quienes alertan sobre el plan de dominación en marcha.

El fin de la presidencia de Alvear y la crisis de 1929 no solamente coincide con la declinación progresiva de Gran Bretaña como potencia de primer orden, sino que también se van articulando los eslabones de la dominación sobre el país. La década del treinta será un período en el cual se pondrá en marcha lo que Irazusta denomina el *estatuto del coloniaje*, al llegar al punto más sofisticado y completo de control foráneo de la economía nacional.

Esta situación precipitará, no obstante, en nuevas formas de entender y practicar la política. A pesar de su limitado alcance y su escala minoritaria, el nacionalismo y el forjismo aparecen como una más lúcida y penetrante conciencia nacional. Pero esta nueva conciencia política e historiográfica coincide con una renuncia definitiva por parte de la élite dirigente de arbitrar medidas eficaces en defensa de los intereses nacionales. Hay un gravísimo quiebre espiritual en lo que llama pseudodirigencia, que hace que sus precursores pasen a ser considerados esclarecidos espíritus poseedores de una auténtica vibración patriótica (232).

Precisamente, la década del treinta sería el preludio de la segunda gran oportunidad perdida, el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Irazusta advierte que no han quedado lecciones de la experiencia de 1914-1918, y se repiten las mismas prácticas claudicantes de entonces, en mayor escala y con menos posibilidades de rectificación. Cuando los EEUU aprovechan para constituirse en la potencia hegemónica, la Argentina pierde la posibilidad de nacionalizar la economía.

El advenimiento de Perón constituye para el historiador entrerriano el perfeccionamiento de la dominación: la resistida y antipática oligarquía en el poder es sustituida por un caudillo demagógico, adorado por las masas, sin que se modifiquen sustancialmente las relaciones de sometimiento. Se inicia así un período que fue denominado por Arturo Frondizi como de “antiimperialismos verbales y entregas de hecho”, en el que fueron confundidos muchos nacionalistas y que finalmente incluiría al propio Frondizi, antiguo impugnador de la dependencia económica del país y futuro defensor del capital extranjero, una vez elegido presidente.

La narración de Irazusta se detiene en 1966, con un sombrío cuadro en el que ninguno de los graves problemas que condicionan el despliegue de las fuerzas materiales del país se hayan solucionado, antes al contrario: la decadencia ya afecta a la vida de los argentinos de clase media. Es un verdadero *descensus ad inferos*, que podría extenderse hasta el bicentenario sin inconvenientes ni violencias. La elipse que describe nuestro autor es francamente descendente. Se trata de la crónica de la degradación del proyecto nacional, observado desde una conciencia nacional cada vez más ampliada y profunda.

Tulio Halperin Donghi se ha referido en un ensayo publicado en 1983 a la visión decadentista de la historia argentina que ofrece la escuela revisionista. La observación es sin dudas acertada, pero se trata más de una intuición que de un juicio suficientemente fundado. Halperin se apoya en textos que efectivamente, muestran una Edad de Oro del país, situada en tiempos del Restaurador de las Leyes: curiosamente, no hace referencia alguna a *Balance de siglo y medio*. Pero la identificación de una Edad de Oro no implica una visión decadente. Lo de-cadente supone una de-clinación o de-gradación progresiva, un descenso escalonado desde lo mejor a lo peor.

Esto es precisamente el modo en que se presenta el ensayo de Irazusta. Halperin vincula directamente esta visión del revisionismo con el revés que sufrió el nacionalismo como proyecto político con su intento de cooptar la revolución de 1930 y su líder, el general Uriburu. No parece el caso de Irazusta, que arriba a la madurez política mucho después. Es cierto que el único atisbo de esperanza que deja ver, al cerrar su siniestro panorama, es la posibilidad de que aparezca el hombre providencial, el héroe que sepa encauzar el camino de la patria hacia un destino venturoso.

Lo cierto es que si se mira a las condiciones históricas en las cuales se redacta el libro, no caben demasiados márgenes para ser optimistas: con el desarrollismo se cierra el ciclo de los grandes proyectos nacionales, iniciado por los hombres del 80, continuado por el yrigoyenismo y el peronismo. Lo que vendrá después de la década de 1960 serán refritos y reintentos de los viejos relatos, repitiendo fracasos e inconsistencias. No es casual que en esa misma época, estalle un descontento reconcentrado durante décadas, en forma de violencia política revolucionaria. La paciencia, para muchos jóvenes argentinos, testigos de la postergación y la dominación, había llegado a su fin. La guerra civil que estallará durante los 70 no es un nuevo proyecto nacional, sino la manifestación de la desesperanza.

Quisiera concluir con una reflexión en torno a la observación de Halperin, que puede servir como una nota o contribución a una filosofía de la historia argentina. Señala el historiador, con visible hostilidad hacia su objeto de atención, que la revisionista es una visión de decadencia, pero no dice si se trata de una perspectiva acertada o errónea.

Por otra parte ¿cuál sería la alternativa? En la era de las historias nacionales, en las que los cambios se suceden con velocidad creciente y muestran una dinámica que amenaza la permanencia y el reposo, es inevitable que el historiador se vea obligado en mayor medida a formular juicios valorativos sobre los procesos que describe o pretende explicar. La interpretación histórica, en estas circunstancias particulares, o es progresista o es decadentista.

El Bicentenario aparece como una ocasión para festejar: sobrevivir durante dos siglos como entidad organizada en esta vorágine de transformaciones es de suyo un éxito. El progreso es la permanencia. Pero si hacemos un balance entre nuestros logros actuales como nación y las expectativas que como pueblo hemos abrigado a lo largo de todo este tiempo, no queda más remedio, con todo el dolor del alma, que darle la razón a don Julio Irazusta.

Héctor Ghiretti